

SONSOLES SÁNCHEZ-REYES PEÑAMARÍA
FERNANDO ROMERA GALÁN (Eds.)

RUTAS LITERARIAS POR ÁVILA Y PROVINCIA



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

2006

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	7
ENRIQUE BATTANER ARIAS	
<i>Inspiración constante</i>	9
MIGUEL ÁNGEL GARCÍA NIETO	
<i>Rutas literarias, un recurso turístico-cultural</i>	11
FRANCISCO JAVIER MELGOSA ARCOS	
<i>Mis rutas y homelands</i>	13
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO	
<i>La ruta de Ernest Hemingway</i>	23
SONSOLES SÁNCHEZ-REYES PEÑAMARÍA	
<i>Reivindicación del noventayocho</i>	41
JACINTO HERRERO ESTEBAN	
<i>Un destino menor: Ávila en el siglo XIX. Decadencia y Romanticismo</i>	53
DAVID FERRER	
<i>Rutas literarias para escolares</i>	69
JULIO COLLADO	
<i>Las Misiones Pedagógicas en sus rutas por Ávila y los orígenes del 27</i>	91
FERNANDO ROMERA	
<i>Ruta de La gloria de don Ramiro</i>	107
SERAFÍN DE TAPIA	
<i>La ruta de los modernistas</i>	141
JOSÉ PULIDO NAVAS	
<i>Ávila-Fontiveros-Arenas: en ruta por el triángulo espiritual abulense</i>	157
CARLOS AGANZO	
<i>El viaje pintoresco. Rutas del siglo XVIII sobre el paisaje abulense ...</i>	173
EDUARDO BLÁZQUEZ MATEOS	

AQUILAFUENTE, 100

© Ediciones Universidad de Salamanca y los autores

1.ª edición: octubre, 2006. I.S.B.N.: 84-7800-444-0. Depósito legal: S. 1.452-2006

Ediciones Universidad de Salamanca - Apartado 325 - E-37080 Salamanca

RUTA DE *LA GLORIA DE DON RAMIRO*

SERAFÍN DE TAPIA

Enrique Larreta estaba enamorado de la España clásica, aunque también amaba apasionadamente a su patria, Argentina. Siendo poseedor de una enorme fortuna familiar, decidió emplear parte de su tiempo y de su dinero en escribir una novela histórica dedicada a la época de España que él consideraba más admirable: el reinado de Felipe II. Y escogió Ávila como marco espacial en el que situar la trama de la novela porque para él esta ciudad representaba con más intensidad que cualquier otra la esencia de lo español.

Larreta se desinteresa en este libro —publicado cuando él tenía 33 años— de las dos corrientes que se cultivaban en la novelística argentina del momento: la novela indigenista, procedente del relato criollo, y la realista, situada bajo la influencia de los grandes autores franceses y rusos. Nuestro autor, fervoroso admirador de Rubén Darío, asumirá el ideal modernista, cultivando una prosa refinada y estética donde las palabras son escogidas por su valor fónico y cromático y los paisajes y personajes por su capacidad evocadora. Incluso se puede decir que los motivos por los que eligió los años finales del reinado de Felipe II y la ciudad de Ávila eran fundamentalmente estéticos; en realidad, como adepto al modernismo literario, para él lo social o lo político eran universos secundarios y con un interés relativo.

Pero la obra de Larreta, aparte de su adscripción al modernismo, debe ser considerada también desde la perspectiva de su actitud hacia la *madre patria*. No cabe duda de que, además de su calidad interna, uno de los factores que explican el enorme éxito y la generalizada aceptación de *La gloria de don Ramiro* fue su capacidad para reforzar los lazos intelectuales entre América y España al calor del movimiento del 98. El hecho de que Ramiro, después de una azarosa vida llena de violencia y algunos crímenes, busque

en la joven América la oportunidad de su purificación es todo un símbolo¹.

A Enrique Larreta el entrecruce de culturas propio de la España postmedieval —con sus choques y sus préstamos mutuos— le pareció un tema de gran potencia literaria, lo mismo que el contraste entre el poder político del imperio español y la miseria de las gentes que lo sustentaban. La obsesión nobiliar por el linaje y por las viejas hazañas de los antepasados, que convivían a duras penas con los aprietos económicos y con el oscuro porvenir de la patria, serán otros de los ingredientes del relato. Naturalmente en aquella Castilla postidentina no podía faltar el mundo de la Iglesia, con sus rígidos inquisidores y sus creativos místicos. La enorme cultura de Larreta y su exquisita sensibilidad estética lograrán componer un sugerente fresco en el que se articulan con fluidez todos estos elementos y algunos otros secundarios. Claro que para percibir todas las claves presentes en la novela es preciso que el lector conozca con cierto rigor los ejes culturales, sociales y políticos en torno a los que giraba la Corona de Castilla durante el último cuarto del siglo xvi.

Decidido a escribir una obra que marcara un hito literario, no sólo releyó a los clásicos castellanos —especialmente la literatura picaresca— sino que se documentó concienzudamente acerca de las coordenadas espacio-temporales en las que deseaba situar su novela. Efectivamente, aunque ésta no se publicaría hasta 1908, en 1902 se vino a España y dedicó varios años a conocer sobre el terreno los escenarios de la trama y a recoger material; a este efecto se zambulló en la lectura de viejos cronicones y de olvidada documentación de archivo. Estoy convencido de que durante el tiempo que estuvo en Ávila preparando su obra, entablaría amistad con las personas que mejor conocían el pasado de la ciudad; en especial supongo que el marqués de Piedras Albas, miembro de la Real Academia de la Historia, le facilitaría el acceso a los fondos de su rica biblioteca sobre Ávila². Incluso es probable que contratara los servicios de alguna persona que le transcribiera determinada documentación del excepcional Archivo Municipal.

¹ A. JANSEN. «Fue Enrique Larreta lazo intelectual entre Europa y América durante la primera parte del siglo xx?». En *Actas del III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 1968, pp. 485-494.

² Fondos conservados en la actualidad en la Biblioteca Pública de la ciudad. La mayoría de los textos se refieren a temática teresiana.

Gracias a esa dedicación será capaz de reconstruir minuciosa y fidedignamente la vida de la nobleza provinciana, sobre todo en lo referido a sus valores, sus obsesiones, sus ideales y sus frustraciones. Y esto lo hace prescindiendo absolutamente del mínimo análisis de las condiciones materiales sobre las que se sostenía la economía del patriciado castellano. También nos presenta el sorprendente mundo de los moriscos abulenses, con aciertos destacables y errores comprensibles dados los años en que aquellas páginas fueron escritas.

Cabe destacar que gran parte de las cuestiones que aparecen en el libro responden a la realidad histórica. Éstas son algunas de ellas: las urgencias militares y económicas por las que atravesaba Felipe II; la inquietud de buena parte de la nobleza castellana ante el hecho de que el rey prescindía de ellos en la gobernación del reino; la exigencia real de que también los estamentos privilegiados —nobleza y clero— contribuyeran en el impuesto llamado de los «millones»; la decapitación de uno de los nobles abulenses implicado en la resistencia al pago de este impuesto; el debate en el seno de la Iglesia acerca de la pertinencia de la vía mística; la preocupación por la abundancia de los moriscos en la ciudad de Ávila; la investigación acerca de la existencia de un complot entre los moriscos castellanos, los berberiscos norteafricanos y los turcos; la participación de la Inquisición en la represión de los criptomusulmanes abulenses; el lento abandono de Ávila por parte de la nobleza local con destino a la corte, etc., etc.

De todas formas, sobre los aspectos históricos de *La gloria de don Ramiro* ya he tratado en otro lugar y a él remito a los curiosos³.

Dando por supuesto que los lectores de estas líneas ya han leído la novela, recuerdo los elementos fundamentales del argumento a fin de hacer mínimamente comprensibles las rutas por la ciudad que más adelante propondré.

La vida de Ramiro discurre a lo largo del último tercio del siglo xvi y primeros años del xvii; casi toda la acción se desarrolla en la ciudad de Ávila, aunque vivirá en su época de estudiante en Salamanca y

³ Ver «El contexto histórico de la novela», incluido a modo de prólogo en la edición de *La gloria de don Ramiro* efectuada por el Ayuntamiento de Ávila en 2002, pp. 10-32.

más tarde marchará a Toledo y Córdoba, para terminar sus días en Lima. Su vida está marcada por unos orígenes considerados insoportablemente innobles: aunque su madre pertenece a la más rancia nobleza castellana, su padre es un noble morisco granadino que la sedujo con engaño; esta circunstancia es desconocida por el joven Ramiro y mantenida en secreto por su familia. Para intentar lavar tan vergonzosa mácula la madre vive en un ambiente de retiro y obsesiva religiosidad que marcará para siempre a su hijo. El preceptor asignado al joven —el canónigo Orozco— es un orgulloso y ambicioso clérigo que personifica aquella Iglesia intolerante que —pertrechada con la coraza de la ortodoxia— cree que la solución a todos los problemas se halla en la inmisericorde y radical destrucción de quienes, al margen de la jerarquía eclesial, se atreven a pensar y actuar conforme a su conciencia; la personalidad del lectoral influirá profundamente en el débil carácter de Ramiro. Éste es un joven también ambicioso torturado por un vago deseo de gloria. El orgullo por el linaje familiar, el ambiente guerrero de la ciudad y de la época también le atraen irresistiblemente, de forma que su proyecto de vida fluctúa constantemente entre buscar la gloria en la carrera eclesiástica o en la milicia; en ambos casos la meta debería alcanzarse inmediatamente y a través de una acción heroica y deslumbrante.

Al llegar a la madurez, la voluble personalidad de Ramiro quedará atrapada por la atracción que ejerce sobre él una joven y superficial aristócrata, Beatriz, en la que nuestro héroe proyectará sus más excelsos sueños.

Habiéndose detectado que los moriscos castellanos tramaban un complot para levantarse contra el rey con ocasión de una eventual invasión de los turcos, el canónigo Orozco encarga a Ramiro que investigue si los numerosos moriscos de Ávila están implicados en la trama. De esta manera, el joven frecuenta la morería hasta encontrar a la bella Aixa, quien le introducirá en un mundo de sensualidad desconocido para él; este descubrimiento le provocará un intenso conflicto emocional pues hasta el momento sus diversos proyectos de vida siempre se basaban en el sacrificio o la heroicidad. La bella morisca también le mostrará, breve pero intensamente, el universo de la mística islámica. Esta experiencia hace surgir en él un conflicto interno entre la fe cristiana en la que se ha educado y la fe coránica a la que voluptuosamente le conduce Aixa.

Finalmente, descubierto por los moriscos, cae bajo sus cuchillos, aunque en el último momento aparece su misterioso padre y le salva.

Mientras él se cura lentamente de las graves heridas, en el palacio de su abuelo se trama otro complot, esta vez protagonizado por parte de la nobleza local. Los patricios abulenses se niegan a contribuir en un nuevo impuesto demandado por la Corona para hacer frente a las ingentes necesidades del momento. Unos «papelones» o carteles aparecen una noche en las calles de la ciudad; en ellos se criticaba la voracidad recaudatoria del rey y su proyecto de «inventar contra la nobleza cada día nuevos pechos y humillaciones». Después de expeditiva averiguación, el señor don Diego de Bracamonte será abatido por el hacha del verdugo; el único noble de la ciudad que solidariamente asistirá a la solemne ejecución será Ramiro.

Mientras tanto el joven ha logrado que la bella Beatriz, hija de don Alonso Blázquez —un culto y refinado aristócrata local—, se interese por él. Pero Beatriz también da esperanzas a un competidor de Ramiro, Gonzalo de San Vicente, un joven regidor hijo de otro patricio que además era familiar del Santo Oficio.

Casualmente don Alonso Blázquez conoce los orígenes poco honrosos de Ramiro y ordena a su hija que corte sus relaciones con el joven. Por fin Ramiro y Gonzalo se batan en un duelo sangriento que termina con la muerte del joven regidor. Inmediatamente, Ramiro, rechazado por Beatriz, intenta matar a la joven y huye de la ciudad.

Estando en Toledo asiste a la ejecución de Aixa en un teatral auto de fe organizado por la Inquisición. En busca de la paz interior, vive algún tiempo como ermitaño cerca de Córdoba. Pero su espíritu voluble le induce a marchar a América donde, después de unos años de bandidaje y sangre, conoce a Rosa de Lima cuya santidad le impresiona tanto que cambia de vida. Morirá en 1605 al sustituir a un indígena enfermo en el durísimo trabajo de las minas de plata de Huancavelica.

Dado que la inmensa mayoría del relato se desarrolla en Ávila, al ámbito de esta ciudad se van a limitar las rutas propuestas. Y atendiendo al discurrir del relato sugiero cuatro rutas posibles, cada una de las cuales se relaciona con un aspecto concreto de la novela. Creo que lo sustancial de esta obra quedaría recogido si nos

referimos a las tres esferas —perfectamente imbricadas— en las que se desarrolla la vida de Ramiro: la de la rancia nobleza castellana, la del inquietante mundo de los moriscos y la del rígido estamento eclesiástico. Y este acercamiento lo vamos a hacer recorriendo espacios concretos de nuestra ciudad de hoy, aquellos «lugares de memoria» —afortunadamente todavía abundantes— que heredamos de nuestros predecesores y que estamos obligados a transmitir a quienes nos sucedan. La paciente reconstrucción y el detallismo de que hizo gala Enrique Larreta nos permiten, con relativa facilidad, identificar los lugares a los que se refiere en su novela; no obstante conviene tener en cuenta que en el siglo transcurrido desde que se redactaron estas páginas hasta hoy la ciudad ha conocido una transformación desigual: el interior del recinto amurallado —en especial los palacios y los templos— apenas ha cambiado mientras que en los barrios del sur, donde estuvo la morería, se ha producido una renovación prácticamente total de su caserío e importantes modificaciones en el trazado de sus calles.

LOS PALACIOS Y LA MURALLA EN *LA GLORIA DE DON RAMIRO*

Ellos son el escenario privilegiado en el conjunto del relato. Resulta comprensible que a los ojos de una persona que procede de un continente nuevo (desde el punto de vista occidental), en el que el urbanismo necesariamente estaba compuesto por conjuntos y piezas de reciente aparición, el descubrimiento de Ávila —con su casi milenaria muralla y sus vetustos palacios— produjera una profunda impresión. Aparte de nuestra venerable muralla, hoy todavía subsisten una treintena de añosos palacios y mansiones, todos los cuales ya estaban levantados cuando Ramiro paseaba por las calles de Ávila. Excepto dos o tres más antiguos, los demás fueron construidos a lo largo del siglo xvi.

Es sabido que este siglo fue el del esplendor demográfico y social de Ávila. Aprovechando el buen momento de la economía agropecuaria de la provincia, los patricios abulenses —que vivían de las rentas proporcionadas por sus tierras— renovaron sus residencias urbanas. A lo largo de aquellas décadas se sucedieron varias fases que dieron lugar a diferentes tipologías palaciegas. En el primer tercio del siglo se levantaron mansiones de estilo gótico que seguían conservando detalles propios de las casas fuertes tardomedievales

(escasez y angostura de las ventanas, torreones, matacanes, saeteras...). A partir de mediados del xvi la estética renaciente se va imponiendo y la afición a las proporciones y a la belleza sustituye a los tradicionales elementos más o menos funcionales o decorativos de regusto militar. Finalmente surgen algunos palacios en los que los modelos clásicos procedentes de Italia se imponen definitivamente en detrimento de las formas compositivas autóctonas.

En el texto de la novela aparecen varios palacios, aunque sólo dos de ellos merecen la atención de Larreta. Yo creo que no es casual la elección de tales palacios. Las mansiones escogidas podrían considerarse como las mejores representaciones arquitectónicas de las dos corrientes sociales y estéticas entre las que oscilaba el patriado abulense de la edad dorada; el primero de los inmuebles (el que nosotros llamamos torreón de los Guzmanes) es del primer tercio del siglo y podría relacionarse con la añoranza del glorioso pasado guerrero de la nobleza local. El otro palacio escogido (el de la duquesa de Valencia) es posterior y —como se dijo más arriba— se enmarca en un ambiente renacentista de gusto por la belleza y la comodidad. Como metáfora del fracaso histórico de ambos modelos vitales, Larreta hará que los dos palacios terminen abandonados por sus propietarios.

No obstante será la primera de las mansiones, la del abuelo de Ramiro, la fundamental ya que en torno a ella girarán importantes momentos de la novela. A lo largo del texto será descrita con todo lujo de detalles. Veamos los más significativos:

Ramiro solía quedarse hasta la noche en el último piso del torreón, escuchando los cuentos y parlerías de las mujeres... La estancia era un vasto recinto que ocupaba todo el plano de la torre. Las vigas no habían perdido el oro de la añosa pintura, y la faja de escudos nobiliarios que corría en lo alto de las cuatro paredes lucía intacto su tinte de gules y sinople... En el grueso de las paredes, cada ventana formaba un hueco profundo, con sendos poyos de piedra... Una de las ventanas, la que abría hacia el nordeste, dominaba casi todo el caserío. Desde aquella altura, Ávila de los Santos, inclinada hacia el Adaja y ceñida estrechamente por su torreada y bermeja muralla, más que una ciudad, semejaba un gran castillo roquero. El niño oteaba los corrales y los patios, el interior de los conventos, el carapacho de las iglesias. A corta distancia, en el sitio más eminente, la catedral levantaba su torreón de fortaleza, almenado y pardusco.

Desde la otra ventana se disfrutaba de una vista grandiosa: el Valle Amblés, toda la nava, toda la dehesa, el río, las montañas...

La luz se apagaba en el cielo... Purpúreo reflejo bañaba en lo alto las almenas de la muralla... Vasta tristeza flotaba sobre la ciudad guerrera y monástica, y, en medio de aquel recogimiento, el niño escuchó de pronto un coro lejano, un himno alucinante. Las monjas agustinas (pp. 51-54)⁴.

...

El antiguo solar en que se alojaron... estaba situado sobre una plazuela, a pocos pasos de la Puerta de la Mala Ventura. Cuadrado torreón de sillería se levantaba en el ángulo sudeste, recortando sobre el cielo su imponente corona de matabanes y morunas almenas. Era una mole altanera y fosca, manchada a trechos de una costra rojiza semejante a la herrumbre. Estrechadas ventanas de prisión la agujereaban aquí y allí, y una perlada moldura que parecía simbolizar el rosario, ornaba la base de las cuatro garitas y uno que otro antepecho. El resto del caserón era ruín y semibárbaro. Grandes piedras irregulares, retostadas por el sol, asomaban entre la argamasa. Cerca del suelo, una oblicua saetera, semejante al ojo de enorme cerradura, había servido en otro tiempo para defender la puerta a flechazos. Las rejas eran toscas y tristes.

La portada abarcaba casi todo el ancho de la torre. Era una de esas portadas enfáticas y señoriles, tan comunes en Ávila de los Caballeros. Formaban el dintel inmensas dovelas de un solo trozo, abiertas en semicírculo y encuadradas por gótica moldura rectangular. A uno y otro lado, en cada una de las enjutas, un escudo esculpido alternaba en sus cuarteles los blasones de las principales familias avilesas: el pajarraco de los Águilas, los roeles de los Blázquez, la cabria y el mazo de los Bracamontes. Hermosos clavos tachonaban el maderaje de la puerta, y un cincelado aldabón, arrancado quizá de algún alcázar andaluz, colgaba del postigo. Hacia la derecha, otra aldaba más alta servía para llamar desde el caballo sin apearse. En el zaguán, frente a una Virgen de bulto, con el Hijo muerto en las faldas, ardía continuamente un farolillo. El patio era un espacioso rectángulo, encuadrado por claustrales galerías, sin más ornamento que los grandes escudos nobiliarios labrados en los capiteles... El hidalgo no pensó nunca en reparar el abandono de

⁴ Las citas de la novela, con su paginación correspondiente, se hacen a partir de la edición del Ayuntamiento de Ávila citada más arriba.



Torreón de los Guzmanes, h. 1910. Tarjeta postal.
Colección del Ayuntamiento.

aquel recinto... pasábase horas enteras asomado al viejo pozo de carcomido brocal... El padre y la hija sólo habitaban el piso alto del caserón. La majestad y la incuria reinaban a la par en las estancias. A lo largo de las polvorientas paredes, donde los tapices flamencos desplegaban obscuramente sus fábulas, pendían o se apoyaban viejos retratos de familia y toda clase de muebles señoriles... (pp. 60-62).

...

El niño, entretanto, vagando por el caserón, miraba por los vidrios a los muchachos que jugaban en la plazuela, subía a la estancia de labor en el último piso de la torre, o bajaba a la cuadra⁵ de los pajes, en el corral, para llevarles algunas golosinas... La larga habitación, semejante a un ventorrillo de moros, estaba atestada de cofres de piel y de hierro, que parecían del tiempo del Cid, y de estrechas tarimas cubiertas de mantas inmundas. Parte de la servidumbre pasaba allí varias horas del día durmiendo o jugando como en una taberna... Otras veces Ramiro curioseaba la negra cocina; el horno del pan, capaz de abastecer a un convento; la panera, donde se guardaban los sacos del diezmo; o, bajando por una rampa de piedra, hacia la derecha del portal, íbase a palmear las mulas y el cuartago en las caballerizas subterráneas (pp. 73-74).

El episodio del complot contra la política fiscal del rey también se desarrolla en estas estancias. Ramiro sabe qué está ocurriendo en su casa porque Casilda, su joven doncella, le dice que:

muchos de estos señores que aquí vienen, acabada la visita, se juntan abajo en secreto, en una cuadra vecina de aquella en que yo guardo mi cofre; y encienden lumbre y dicen palabras contra el Rey y hablan de levantar bandera... (pp. 212-213).

Poco después el canónigo se refiere «a las reuniones secretas de Don Diego, y los otros, en el piso bajo» (p. 213). Estando Ramiro en casa, una dueña vino a decirle que Beatriz subía las escaleras:

Sólo podía recibirla en el antiguo estrado que —a pesar de su vejez y abandono— trascendía a grandeza y a rancio abolengo... Era una cuadra larga y angosta, diversamente alhajada... Decíase que en su recinto la Santa Junta de los Comuneros había celebrado su primera reunión clandestina; y por mucho tiempo corrió entre el vulgo la leyenda de que los espectros de los ajusticiados se congregaban

⁵ Larreta usa la palabra «cuadra» en la arcaica acepción de sala espaciosa.

allí dentro, en las noches de luna. Por eso, tal vez, nadie quiso habitar aquella casa durante un cuarto de siglo... A uno y otro lado veíanse sillas de roble incrustadas de marfil y bargueños, bufetes... Oyóse un rumor de chapines y un crujir de sedas en la galería, y Beatriz apareció... (pp. 290-292).

No hace falta mucha imaginación para deducir que el palacio de don Ramiro es el que hoy se conoce como torreón de los Guzmanes, sede de la Diputación Provincial. Precisamente una pequeña lápida en su fachada recuerda esta circunstancia. Este inmueble era conocido como Torre de Múxica en el siglo xvi.

Se trata de un edificio compuesto por un torreón gótico y medievalizante —de finales del xv o principios del xvi— al que posteriormente se añadió un patio residencial renacentista, en torno al cual se adosan las diversas estancias.

Repasando lo escrito por Larreta y lo que hoy vemos del palacio, se podrían resaltar los siguientes elementos: un monumental torreón esquinado que proclama el carácter militar del inmueble; escasas y ruines ventanas en las partes bajas; ostentoso matacán para proteger la puerta; garitas esquineras y floridas almenas, que más servían para adornar que para defender; portada gótica con escudos y alfiz; hermoso zaguán perfectamente organizado para reforzar la defensa y para facilitar el acceso a las cuadras y bodegas; pequeño patio porticado de cuatro galerías y dos plantas, adornado de rosetas, motivos heráldicos y columnas; monumental escalera principal de dos tramos; austeras dependencias que conservan las viejas puertas, la techumbre y, a veces, hasta el pavimento; salón principal, a la fachada, con un impresionante artesonado mudéjar del siglo xvi y una chimenea neogótica; en el sótano bodegas y cuadras ahora habilitadas para otros usos. Incluso el fantasma nocturno: todavía hoy las gentes sencillas siempre aluden a él cuando enseñan el palacio, aunque naturalmente advirtiéndolo que ellos no creen esas cosas.

Al final, Ramiro —que ha perdido todo su patrimonio familiar— se ve obligado a malvender este palacio y unos prestamistas genoveses le pagarán por él una miseria⁶.

⁶ Los 250 ducados que le entregan son una cifra ridícula. Éste es un ejemplo que nos sirve para comprobar lo bien que se documentó Larreta. Se da la circunstancia de que entre los Protocolos Notariales conservados en el AHPAv consta el precio real al que se tasó en 1562 el palacio de Miguel del Águila (el de don Alonso

El otro palacio que aparece en la novela es el don Alonso Blázquez Serrano, aunque es descrito con muchísimo menos detalle que el anterior. De él sabemos su situación en el plano de la ciudad:

Su palacio, heredado de su mujer, se levantaba hacia la parte del Norte, unido a la muralla de la ciudad, según uso inmemorial de los mejores linajes. Uno de los cubos almenados erguía en el fondo del huerto, y su defensa había correspondido siempre a los Águilas (p. 80).

Habiendo residido dos años en Milán y tres en Venecia, don Alonso se aficionó a las cosas de arte y comenzó a reunir en su casa un verdadero tesoro:

los objetos que herían la imaginación del hidalgo con más sutil embeleso eran los vidrios y marfiles... Hacia el centro de la cuadra principal, sobre dos largas mesas fabricadas de minúsculos espejos, las fuentes, los vasos, las copas de Venecia entremezclaban al azar su tenuidad casi incorpórea... (p. 83).

Además se nos dice que tenía una habitación dedicada a exponer las numerosas pinturas coleccionadas por el propietario (p. 253). En el estrado las amigas de Beatriz se sentaban a la morisca, sobre abundantes almohadas (p. 255). La casa contaba con un huerto por el que había que pasar para acceder al cubo de la muralla (p. 344). La puerta principal estaba adornada con «clavos que figuraban cabezas de leones» (p. 345). Estaba muy cerca de la puerta de San Vicente (p. 340).

Estos datos nos conducen a la mansión de don Miguel del Águila⁷, hoy conocida como palacio de la duquesa de Valencia. Para

Blázquez, en la novela): 4.000 ducados (AHPav. Prot. 259, fol. 309 v); teniendo en cuenta que se trata de un inmueble de menor entidad que el de Múxica, queda patente lo bien fundamentada que estaba la cifra de 250 ducados para subrayar el abuso comercial de los genoveses. Esta información de los 4.000 ducados procede del inventario de los bienes dejados por este patricio a su muerte; esa cifra sólo significaba el 13 por cien de su patrimonio, que se elevaba a 30.619 ducados.

⁷ Es probable que Larreta consultara —o alguien lo hizo para él— el gruesísimo (25 cm) volumen donde se recoge el testamento de Miguel del Águila citado en la nota anterior (fols. 306-309 v). En la inacabable lista de sus bienes raíces (tenía propiedades en 10 pueblos), inversiones financieras, mobiliario, joyas, ropas, etc., aparecen elementos a los que Larreta alude al hablar de esta casa, tales como numerosas almohadas (he contado 40), piezas de vidrio de Venecia y de porcelana, tapices («paños de figuras antiguas»), etc., etc.

reforzar esta suposición veamos qué se dice de este inmueble en una *Guía de Ávila*⁸ publicada muy pocos años después de que Larreta escribiera su libro y que refleja perfectamente qué fue lo que vio el autor argentino cuando hizo su trabajo de campo en la ciudad:

Se reedificó y restauró esta casa en el año de 1901, bajo la dirección de D. José María Narváez y del Águila, Duque de Valencia, casado con doña Luisa Pérez de Guzmán el Bueno y Gordón, actual poseedora de la finca.

Levántase este palacio en la calle de Lope Núñez, frente a la antigua calle del Lomo, hoy denominada de Esteban Domingo. Su portada de estilo renacimiento es muy hermosa y a derecha e izquierda de la puerta y ventana principal, existen dos columnas rematadas por escudos con los blasones de los linajes de los Águila y Guzmán. La fachada es de berroqueña mampostería, con tres balcones por un tejero cubiertos y tres rejas que corresponden a la planta baja. Su puerta antigua estuvo tachonada de rica clavazón de bronce, figurando cabezas de león cada uno de sus clavos, desaparecidos al sustituir la antigua por la que hoy tiene de trazas de gusto barroco.

En el frente del amplio y majestuoso portal hay una Virgen de talla con Jesús en los brazos, dentro de una hornacina, ante la cual arde de noche un farolillo... Espacioso patio casi cuadrangular y pavimentado de anchas losas de granito encuadradas por dos galerías y dos lienzos, sin más ornamento que sus grandes columnas, de sencillos chapiteles que forman el claustro bajo... Por monumental y vieja escalera, cubierta de retratos de familia, se penetra en la galería o antecámara, en la que se admira magnífica colección de cerámica española de Talavera, Alcora, Puente del Arzobispo y Manises con notables ejemplares. De la galería se pasa al salón de grabados, despacho, salón principal, gabinete y comedor. Todas estas grandes piezas se hallan amuebladas con ricos cuadros, broncees, tapices, sedas y telas antiguas, armas, bargueños, arcones, mesas y sillas de talla.

En la galería del último piso tiene una espaciosa capilla que sirve de oratorio a este espléndido y rico palacio, verdadero museo de arte. En la planta baja destinada a vivienda, tiene un hermoso salón

⁸ J. N. DE MELGAR Y ÁLVAREZ DE ABREU. *Guía descriptiva de Ávila y sus monumentos*. Ávila: Tipografía de Senén Martín, 1922, pp. 46-48.

de cazadores, con enorme chimenea de piedra a su fondo, y el comedor de diario.

La descripción de la fachada corresponde sustancialmente con lo que hoy vemos (excepto que se han suprimido ciertos tejadillos sobre las ventanas) y nos evita innecesarias repeticiones. En 1983 la última duquesa de Valencia legó el palacio, con gran parte de sus colecciones de arte, al Estado. En la actualidad se está rehabilitando este inmueble a fin de adaptarlo a su nueva función de sede secundaria del Museo del Prado. Así pues, parece que este palacio está predestinado a ser asociado con el coleccionismo y el disfrute de las obras de arte.

También se alude a una tercera mansión, la del noble avilés Felipe de San Vicente, individuo del Consejo de las Órdenes, comisario de la Santa Inquisición y antiguo gentilhomme del rey. De ella es muy poco lo que se indica; sólo que estaba en el barrio de San Gil (p. 123), hoy conocido como de Los Jerónimos. Los miembros de la estirpe de los San Vicente, se lee en el libro, «tenían derecho a ser enterrados en la parroquia de Santo Tomé, donde existe la capilla de su linaje... y en los lucillos de San Vicente, en cuya iglesia estaban pintadas las armas de aquella familia sobre los asientos de la capilla mayor» (p. 126).

En la actualidad hay varias casonas en el barrio de San Gil que podrían corresponder con la que Larreta imaginó como vivienda de los San Vicente.

Además de los palacios, la presencia de las murallas es frecuente a lo largo del relato ya que nuestro protagonista se mueve constantemente por la ciudad y por los arrabales, desde los que se ven las «fieras murallas que le hablaban un lenguaje legendario y heroico» (p. 75). En tres ocasiones se recorre y describe el perímetro exterior de la cerca. La primera tiene lugar al atardecer y se inicia en una hondonada que corre entre el monasterio de La Encarnación y los muros de la ciudad, cerca del conocido como pilón de la Mimbre; Ramiro y el canónigo regresan a la ciudad:

El sol acababa de ocultarse. Los cerros del poniente recortaban escueto y pardo perfil sobre el horizonte de fuego. Maestro y discípulo llegaron hasta la esquina nordeste de la muralla y doblaron en dirección al mediodía. Abajo, a la derecha, entre los oscuros peñascos,



Palacio de la duquesa de Valencia, h. 1910.
Foto marqués de San Andrés.

el agua del Adaja despedía un resplandor de oro ígneo. Las iglesias habían concluido de tocar las oraciones, y la próxima campana de la ermita de San Segundo conservaba todavía un zumbido somnoliento... Entraron en la ciudad por la Puerta de Adaja. Las callejuelas estaban llenas de penumbra... (pp. 119 y 121).

En un par de ocasiones pasea junto a los lienzos Sur y Este, partiendo de la puerta de Antonio Vela, también llamada entonces de Montenegro y hoy de la Santa. Ésta es una de tales ocasiones:

Una tarde calurosa de fines de abril fuese a dar una vuelta por el camino exterior que corre al pie de los muros. Dejó la ciudad, como de costumbre, por la puerta de Antonio Vela. No había llovido en todo el mes. El valle, con sus panes demasiado mohínos, mostraba, allá abajo, su aspecto sediento y polvoroso. Al llegar a la esquina del alcázar dobló a la izquierda, y siguió caminando sin detenerse. Aislada entre las peñas y bañada por los últimos resplandores de la tarde, la basílica románica de San Vicente relucía cual cobrizo relicario; mientras los dos inmensos torreones de la puerta vecina [los de la muralla] se revestían de sombra cuasi nocturna. Ramiro levantó la mirada para contemplar el delgado puente de piedra que une sus almenas y que en ese instante contorneaba su arco negruzco sobre un cielo de oro y de llamas... entró en la ciudad, y, al cruzar la plazuela de Sofraga, vio en torno a la fuente ocho o diez mozas de cántaro que dejaban correr la hora, entre cuentos y decires, la boca llena de risa... A lo largo de la calleja del Tostado llegaba un grupo de gente (pp. 250-251).

También aparece en un momento dado el torreón del Alcázar, del que destaca «su sombra formidable sobre el cielo límpido y verdoso» (p. 144).

EL CORTEJO HACIA EL PATÍBULO DE DON DIEGO DE BRACAMONTE

Aunque directamente relacionado con el mundo de la nobleza, podría considerarse con entidad propia el recorrido efectuado por el cortejo que condujo a don Diego de Bracamonte a los pies del verdugo:

La mañana del 17 de febrero de 1592 la ciudad despertó en una expectativa siniestra. En medio del Mercado Chico se levantaba un

gran cubo negro, el cadalso... Corrió la voz de que, a las dos de la tarde, don Diego sería sacado de la Alhóndiga. Aquel edificio correspondía como prisión a los nobles y se levantaba entre la torre del homenaje y la del Alcázar, por la parte de afuera, frente al Mercado Grande. Cuando Ramiro llegó ante el blasonado frontis, los empleados de la justicia regia y comunal se aglomeraban a uno y otro lado del portalón y en torno a la fuente; mientras las cofradías y las órdenes esperaban, en larga hilera, desde la plaza del Mercado hasta más allá del convento de Santa María de Gracia... Por fin un portero sacó del zaguán de la alhóndiga una mula cubierta de fúnebre gualdrapa... Don Diego, montando en la infamante cabalgadura, avanzaba tieso, indómito, solemne, mirando hacia las nubes... El cortejo penetró en la ciudad por la puerta del Mercado Grande, tomó la calle de san Jerónimo y luego la de Andrín. Caminaban por delante las cofradías de la Caridad... Doce pobres, con sendas hachas encendidas, esperaban a la puerta de San Juan... Una vez en la plaza, al llegar al pie del cadalso, don Diego se apeó de la mula y subió serenamente las gradas... La plaza estaba repleta de muchedumbre. Algunos curiosos habían logrado encaramarse a los tejados, hacia la parte de poniente... Don Diego miró por última vez la ciudad, el cielo, la luz preciosa de la vida... Su pálida testa fue mostrada, asida de los cabellos, hacia los cuatro lados de la plaza, en nombre del Rey... Aquella noche, algunos caballeros enlutados atravesaban la ciudad a la luz de las hachas, llevando sobre los hombros largo ataúd que fueron a depositar en la capilla de Mosén Rubí (pp. 283-288).



La alhóndiga, año 1864. Foto Jean Laurent. Tarjeta postal. Colección del Ayuntamiento.

Salvando el pequeño desliz de llamar calle de San Jerónimo a la de Don Gerónimo, lo demás responde exactamente a lo que ocurrió aquel día, incluido el hecho de que por la noche los nobles depositaran en la sacristía de Mosén Rubí⁹ el cadáver del infortunado patricio, a la espera de su entierro en la iglesia de San Francisco, donde estaba el panteón familiar. La alhóndiga era un dignísimo edificio de estilo renacentista levantado por el Ayuntamiento a mediados del XVI como almacén de grano en previsión de que llegado el momento de la sementera faltase; además se usaba como cárcel de nobles. Se conservó hasta finales del XIX, lo mismo que la fuente que estaba frente a su puerta; lo único que nos queda es el testimonio gráfico y algunos relieves e inscripciones de la fachada¹⁰. Por su parte la calle Andrín —actual Reyes Católicos— conservó su nombre medieval hasta mediados del siglo XIX¹¹.

LA RUTA POR LA MORERÍA

En el relato esta ruta queda muchísimo más inconcreta que la de los palacios no sólo porque no se alude a inmuebles monumentales

⁹ Sobre cuya puerta hoy está escrita la siguiente leyenda: «Rogad a Dios, en caridad por el ánima del noble caballero Don Diego de Bracamonte que por defender los intereses de Ávila fue decapitado en la plaza del Mercado Chico el lunes 17 de febrero del año 1592 en cuya noche estuvieron sus restos depositados en esta capilla y al día siguiente trasladado a la iglesia de San Francisco donde reposan, R.I.P. Amén». Obsérvese que se afirma que murió «por defender los intereses de Ávila», cuando lo que en realidad le llevó al hacha del verdugo fue su empeño en que se respetaran los viejos e insolidarios privilegios de la nobleza de no pagar los impuestos directos.

¹⁰ Durante años las inscripciones se emplearon como asientos en el parque de San Antonio; después, junto con los relieves, se colocaron en los jardines del lienzo Este de la muralla. Para evitar la acción de los vándalos los relieves finalmente se depositaron en las bóvedas del Carmen, un espacio museístico recientemente abierto junto a la puerta del Carmen.

¹¹ Documentada con ese nombre desde 1303 (*Documentación medieval de la catedral de Ávila*. Á. BARRIOS. Ávila: Inst. Gran Duque de Alba —IGDA—, 1981, p. 441), todavía en 1847 se la denomina así (Arch. Hco. Prov. de Ávila —AHPAV—, *Actas Consistoriales*, libro 234, fol. 174 v), lo mismo que el plano de Coello, cuyos datos fueron recogidos en 1858. Pero en 1863 ya se la conoce como calle del Comercio (V. GARCÉS GONZÁLEZ. *Guía de la ciudad de Ávila y sus arrabales*. Ávila, 1863, p. 30), nombre que en 1913 ya había cambiado por el actual de Reyes Católicos (*El Diario de Ávila*, 15 de octubre de 1913).

Firma de don Diego de Bracamonte
(Archivo Hco. Prov. de Ávila, Protoc. 251, fol. 146).

que se hubieran podido conservar, sino porque el argumento de la novela exigía precisamente que esa parte de la trama se desarrollara en un cierto halo de borrosa imprecisión y de misterio. Por otra parte hay que tener en cuenta lo que ya se dijo de la enorme transformación sufrida en los últimos 40 años del siglo XX por los barrios de la vieja morería. Indico alguno de los textos relacionados con esta zona de la ciudad:

Día a día, cada vez más alerta, visitaba Ramiro el arrabal de Santiago... A veces, al caminar por las revueltas callejuelas de la morería, imaginaba haber descubierto toda la trama de la conjura... Dejaba casi siempre la ciudad por la puerta de Antonio Vela y simulando un andar ocioso y errante, bajaba por algún atajo de la cuesta del mediodía. En el reducido arrabal de Santiago había más tráfico y rumor que en la ciudad entera... Oíase el continuo rumor soñoliento de tornos y telares... El más concurrido de los bodegones se levantaba frente a la iglesia de Santiago... Una tarde, de vuelta a su casa, al pasar detrás de la iglesia de Santa Cruz oyó de pronto una fuerte detonación... (pp. 139-142).

Al día siguiente Ramiro descendió, como de costumbre, por la Cuesta de Santa María de Gracia... La plaza del Rollo presentaba el aspecto de un mercado berberisco (p. 145).

Parece claro que ese barrio misterioso está muy cerca de la iglesia de Santiago y en una zona de empinadas cuestras desde las que se ve el Valle Amblés¹². Aunque podrían identificarse varios lugares que cumplen ambas condiciones, el que más posibilidades tiene es el hoy popularmente denominado como las Covachuelas. Varios puntos concretos de esa soleada zona de la ciudad aparecen en el texto: la «cuesta del mediodía», que ahora llamamos de San Nicolás; la iglesia de Santiago; la iglesia de Santa Cruz, de la que sólo se conserva el nombre de la calle donde estuvo y su silueta en la panorámica dibujada en 1570 por A. Van den Wyngaerde; la Cuesta de Santa María de Gracia, la plaza del Rollo y poco más. Lo que se dice del interior de las casas moriscas es producto de los tópicos que a principio del siglo xx existían sobre este grupo: se pensaba que todos los moriscos de España eran idénticos, de manera que todos se comportaban según el modelo de vida de los criptomusulmanes granadinos o valencianos, incluyendo los que vivían en la fría y lejana ciudad castellana¹³. Si Larreta se hubiera atendido más rigurosamente a la realidad histórica, estas escenas de moriscos profundamente islamizados y aislados del contacto con la mayoritaria sociedad cristiana deberían haberse localizado en la cuadrilla de La Trinidad, es decir, el actual barrio de Las Vacas, pues fue ésa la parte de la morería abulense donde mayor densidad de moriscos había; concretamente, en 1594 en La Trinidad significaban el 31,4 por cien de los habitantes del barrio, mientras que en la cuadrilla de San Nicolás —que incluía el barrio de Santiago— sólo eran el 17,1 por cien¹⁴.

LA RUTA DE LA CATEDRAL Y LAS IGLESIAS

La fascinación que la catedral provocó en Enrique Larreta queda perfectamente reflejada en la novela. Puede decirse que los espacios fundamentales del templo aparecen en un momento o en otro

¹² Este carácter de cuesta tan pronunciada que facilita la contemplación del Valle Amblés fue percibido pronto por los repobladores medievales: en un documento de 1297 se alude a «la cal Toledana, en la balconada» (cf. T. SOBRINO CHOMÓN. *Documentación medieval del Cabildo de San Benito de Ávila*. Ávila: IGDA, 1991, p. 21).

¹³ Sobre esta creencia de que la totalidad de los moriscos de la Corona eran idénticos, puede verse el Prólogo al que aludo en la nota 3.

¹⁴ S. DE TAPIA. *La comunidad morisca de Ávila*, op. cit., p. 154.

Vista del sur de Ávila y de su morería en 1570 según dibujo de A. Van den Wyngaerde. Entre otros lugares, se aprecian la Torre de Múxica, la puerta del Rastro (z) y las iglesias de Santiago (v), Santa Cruz (x) y San Nicolás (z). Reproducción del Ayuntamiento.

Cuando hubo llegado a la puerta de una casa algo apartada... entraron en un patio miserable. Añoiso granado retorció su ramaje junto a un aljibe. La cal reverberante... Atravesaron cuerdas atestadas de camas como en los ventorrillos morunos... La anciana le dijo que era forzoso dejarse conducir en aquel encierro [una silla de manos cerrada por cortinas de cuero que no dejaban penetrar el más débil rayo de luz] a otra casa de la morería... La anciana vendóle los ojos y comenzó a conducirlo a lo largo de algún corredor subterráneo, a juzgar por el frío que sentía y el olor terroso del ambiente... Bajaron algunos peldaños... hallóse en árabe estancia con azulejos en las paredes y techo de maderos entrelazados... había viejos divanes contra los muros, alcatifas sobre el piso de mármol... dos arcos policromos y dorados hacia el fondo (pp. 148-149).

Llegada la tarde, la morisca le llevaba a una terraza descubierta que avanzaba hacia el mediodía... la vista dominaba el paisaje del valle y las sierras (p. 163). En este instante una metálica vibración llegó de la ciudad. Luego la campana de Santiago resonó a corta distancia. Otras, más lejanas, respondieron (p. 166). Por la disposición y los tapujos de esa casa, tengo para mí que ha de ser sitio de clandestinas reuniones... Es parroquia de Santiago... (p. 174).





Las Covachuelas con Santiago al fondo, h. 1890.
Tarjeta postal. Colección J. L. Pajares.

como escenario de cualquiera de los avatares del relato. Aparte del atractivo que la antigüedad y monumentalidad del conjunto debía suponer para el autor que vino del Nuevo Mundo, también le tuvo que admirar la peculiar simbiosis que en la catedral abulense existe entre sus dos almas: la religiosa y la militar. Efectivamente, muchos son los autores que han dicho, al contemplar esta catedral, que no se sabe qué admirar más, si su carácter de acrópolis y punto más fuerte de todo el complejo defensivo de la ciudad o el hecho de ser la iglesia mayor de una ciudad eminentemente espiritual¹⁵. Por

¹⁵ Casi por los años en que escribía Larreta, la Real Academia de la Historia, en el informe emitido para declarar a la catedral de Ávila Monumento Nacional, concluía: «Realza por fin la importancia de tan interesante monumento el doble destino que le fue asignado y que refleja simultáneamente y en admirable consorcio los progresos arquitectónicos alcanzados en la época de su erección, tanto en el arte religioso como en el de defensas, resultando así el monumento sacro militar de nuestra patria en que más cumplidamente se ha resuelto el doble problema arquitectónico» (*Boletín Oficial de la Provincia de Ávila*, 26 de noviembre de 1914, p. 2).

ello, y por la temática caballerescas de la novela, cobran especial relieve determinados elementos del templo relacionados con su vertiente guerrera: la torre, los sepulcros de la nobleza local, la plataforma almenada del cimorro... También aparecen otras partes del conjunto catedralicio más convencionales: las naves del templo y el crucero, la pila de agua bendita, la sala capitular, el claustro y su crestería plateresca, y —como punto de intersección de los diversos recorridos efectuados por nuestros personajes— la plazuela de la catedral. Veamos algunos de estos momentos:

Era una fiesta para Ramiro cada una de las visitas que solían hacer, en lo alto de las torres, a aquel «bachiller de badajos», como le llamaba el escudero [al campanero]. Después de pasar el umbral de la iglesia, Ramiro tiraba de una cuerda oculta detrás de la portada y, casi al instante, allí arriba, a una altura vertiginosa para sus ojos de niño, asomaba, por un agujero practicado en la bóveda, un rostro diminuto... Poco después, oíase un ruido de tacones en el interior de un grueso pilar, hacia la derecha; el cerrojo crujía... Comenzaba entonces la ascensión por el hueco de aquella columna del templo... Sólo, de tarde en tarde, la angostura de una aspillera dejaba penetrar un rayo de sol... La visita se realizaba comúnmente en lo alto de la torre truncada, bajo un cobertizo de tejas... donde los esposos [los campaneros] criaban una media docena de cerdos... Ramiro se entretenía... en contemplar la ciudad y los horizontes... (pp. 76-77).

Una tarde fría de febrero... Ramiro topó con Aldonza junto al pilar de la escalera. Ella le invitó a subir a la torre. Un instante después uno y otro escalaban los peldaños. De pronto la campanera se detuvo... y su mano temblorosa reconoció que la moderna Sulamita había puesto en libertad «los cervatillos mellizos» del cantar. Allí se deshojó su doncelez, sobre aquellos escalones tenebrosos... Una vez afuera caminó con nueva arrogancia. La brisa que llegaba por la calle de la Muerte y la Vida oreaba en su labio un dejo impuro y febril (pp. 110-111).

Ramiro le esperaba paseándose por las naves. A aquella hora la iglesia estaba casi siempre como hechizada de quietud y de silencio... Una sombra terrosa y centenaria dormía al pie de los altares, entre las columnas, sobre las lápidas... ¡Cuán dominante misterio desprendían para él!... aquellas capillas graves, aquel ábside pardo y polvoriento donde siempre reinaba una penumbra sepulcral... Ramiro hollaba las losas con respeto profundo y su espíritu se henchía de una abstracta emoción... al recorrer las inscripciones de los enterramientos: «Sepultura del muy virtuoso Señor Don Nuño González del

Águila, arcediano de Ávila...» y al mirar el ave simbólica esculpida como una divinidad doméstica en los blasones de piedra, parecía que una voz de otra vida le incitaba a la dominación y a los honores (pp. 108-109).

El canónigo lectoral antes del primer canto del gallo... descendió a la iglesia para subir en seguida a la segunda plataforma del almenado cimborio, que forma, a la vez, el ábside de la catedral y el torreón más ancho y más fuerte de la muralla... Las torres y contrafuertes del templo fingían majestuosa visión entre el cendal de la aurora; y, a uno y otro lado, los cubos de la muralla se alejaban, solemnes y espectrales... hasta desaparecer por completo... El palacio del arzobispo destaca, en torno del patio, su enorme techumbre... las enormes almenas redondeadas por los siglos se tiñen de aurora (pp. 132-134).

Habían dejado la sala capitular y caminaban ahora por las naves de la iglesia. El lectoral volvió a decir: Tomad ejemplo, hijo mío, de estos graves sepulcros do descansan aquellos varones antiguos, que ponían a riesgo diario su vida por Dios y por ennoblecer su linaje... Pasando por una puerta del crucero entraron en la claustro. En el patio... la extraña crestería plateresca destacaba su cárdeno granito sobre el índigo ardiente del cielo... Bajo las bóvedas, junto a la capilla de las Cuevas, dos alarifes, rompiendo un trozo de pared, acababan de descubrir un sepulcro. No había inscripción alguna; sólo un tosco relieve que representaba a Nuestra Señora y al Niño (pp. 135-136).

Le contó al canónigo, paseándose por la plazuela de la catedral, su aventura con Aixa (p. 174).

Beatriz cruza por la reducida plazoleta de la catedral, que está llena de campesinos de los contornos... Era el domingo de Pascua. Entra en la catedral... Los largos resplandores que bajaban de las vidrieras colorían de tintes espectrales la piedra y el alabastro, esmaltaban el oro de los púlpitos, pavonaban el oscuro nogal. Beatriz fue a arrodillarse con las damas nobles, entre el coro y la capilla mayor... Gonzalo estaba arrodillado en la nave opuesta... En ese instante, Beatriz, al levantar la frente, vio a su derecha, contra una columna del crucero, el fantasma... ¡la persona misma de Ramiro!... Ramiro comenzó a retirarse; arrióse al sepulcro de Diego del Águila, apoyando su sien contra el muro, como si esperara un consejo de aquel antiguo caballero de su linaje... Ramiro vio que su rival se estacionaba junto a la pila, con los dedos puestos al borde, esperando seguramente a Beatriz (pp. 244-246).



Catedral, h. 1920. Tarjeta postal. Colección del Ayuntamiento.

Por fortuna el *tempo* que rige en el mundo eclesiástico —especialmente en materia arquitectónica— es mucho más lento que el del urbanismo, de forma que prácticamente todas las alusiones al complejo catedralicio que acabamos de reseñar se conservan todavía, con la excepción de la existencia de un campanero y su familia ya que desde hace algún tiempo —no demasiado— el tañer de las campanas está mecanizado. No obstante aún puede observarse el ventanuco por el que los campaneros se asomaban desde lo alto de la nave, así como una polea empleada antiguamente para abastecerles. Incluso subsisten, en lo alto de la torre que nunca llegó a concluirse, las viejas dependencias donde habitaba este sirviente de la catedral. La torre norte, la que está completa y perfectamente almenada, ha cumplido a lo largo del tiempo diversas funciones: dar cobijo a las grandes campanas que organizaban el tiempo de los abulenses; ser la vigía en los momentos de guerra ya que desde ella se dominan todos los puntos de acceso a la ciudad; y, al recortar su perfil en lo alto del caserío, simbolizar la hegemonía de la Iglesia en la sociedad y el papel imprescindible de los clérigos como intermediarios entre el hombre y la divinidad.

En aquellos siglos las familias de mayor abolengo disponían, en los templos más prestigiosos de la ciudad, de ostentosos sepulcros «de bulto» —casi siempre yacentes—; con ellos pretendían perpetuar en el más allá el honor y el linaje del que disfrutaron en vida¹⁶. En la catedral había tantos y tan voluminosos que fue preciso, a mediados del xvi, desmontar varios de ellos y adosarlos a capillas o lucillos laterales para que no impidieran el desarrollo de las ordinarias funciones litúrgicas; otros, incluso, fueron desapareciendo en posteriores remodelaciones. No obstante aún se conserva un número considerable. El de uno de los antepasados de Ramiro, el arcediano don Nuño González del Águila, está en la capilla de San Pedro, en el crucero del lado norte; una hierática estatua yacente de alabastro, con un libro entre las manos, recuerda al poderoso clérigo y la laude sepulcral de pizarra, muy deteriorada por la humedad, reproduce el

¹⁶ Sobre las estrategias seguidas por la nobleza para utilizar todo lo relacionado con la religión a fin de reforzar su poder e influencia, ver J. BILINKOFF. *Ávila de Santa Teresa*. Madrid: Ed. de Espiritualidad, 1993. Y, más concretamente, sobre los túmulos funerarios, E. RUIZ AYÚCAR. *Sepulcros artísticos de Ávila*. Ávila: IGDA, 1985; este libro, aparte de tratar de lo que dice el título, proporciona valiosísima información sobre numerosos aspectos de la vida local de la ciudad, especialmente en los siglos xv y xvi.



Interior de la catedral, grabado de F. X. Parcerisa, 1865.

escudo familiar¹⁷. El conjunto, enmarcado con adornos góticos, ocupa un nicho orgullosamente coronado por el inconfundible escudo de los Águila.

También se alude de pasada en el texto de Larreta al sepulcro de don Diego del Águila; éste sólo conserva, aunque en perfectas condiciones, la laude sepulcral en la que el escudo del linaje se halla duplicado. Está en la antigua capilla de San Esteban, espacio hoy transformado para servir de paso hacia la capilla exterior de San Segundo¹⁸.

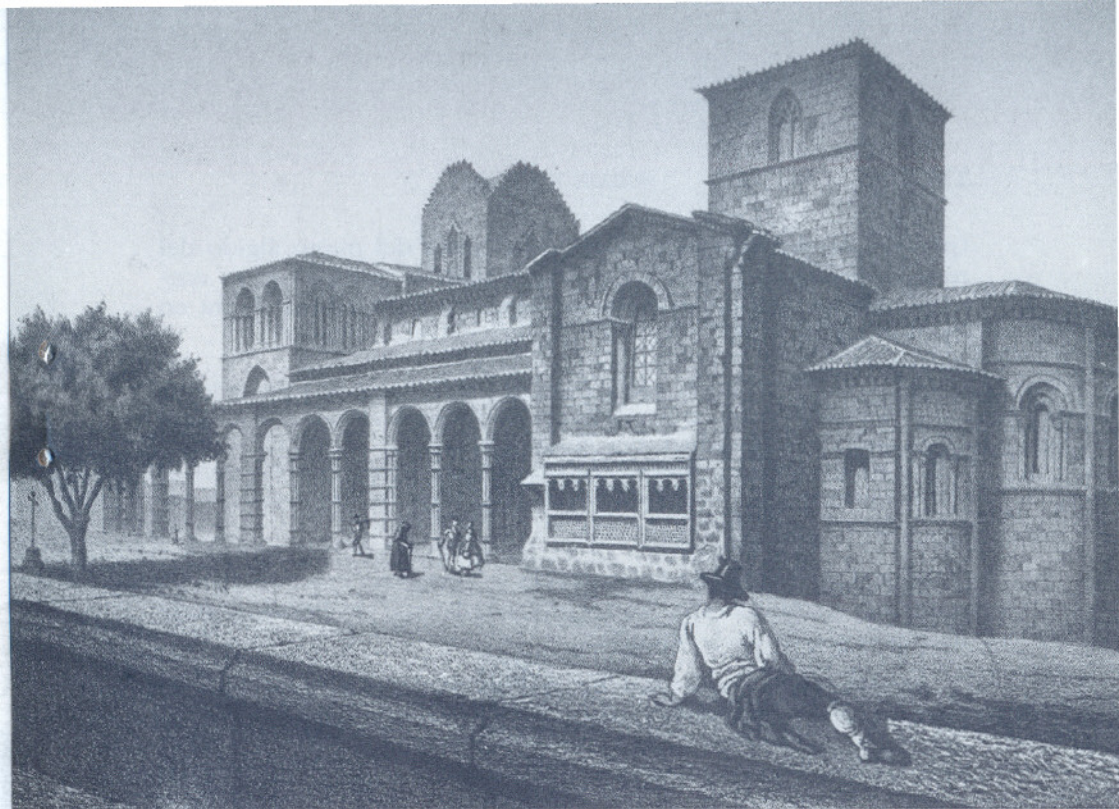
El resto de las partes de la catedral que aparecen en el relato son las propias de cualquier templo y suficientemente conocidas por todos. Quizá lo menos visitado sea el claustro, también llamado antiguamente claustra. Situado en el ángulo formado por el crucero sur y la nave central, fue iniciado en el siglo XIII y concluido en el XVI cuando Vasco de la Zarza y Pedro Viniegra remataron el conjunto con una crestería en granito de estética plateresca. Hacia mediados del siglo XVI se abrieron tres nuevas capillas funerarias; a la de las Cuevas se alude en la novela. Para construir esta capilla fue preciso ganar a la calle un espacio cuyos muros exteriores —especialmente en sus partes altas— recibieron una llamativa ornamentación plateresca: es el actual rincón de la calle de la Muerte y de la Vida, en cuya crestería se labró un esqueleto de medio cuerpo que tiene en sus brazos a un niño; coronando la escena hay un medallón con una hermosa joven de aire ausente¹⁹.

Aparte de la catedral, aparecen otras iglesias en el relato aunque ninguna de ellas recibe una atención preferente. De pasada se alude a las parroquias de San Juan o Santo Domingo, a las que diariamente doña Giomar llevaba al niño Ramiro a la misa del alba (p.

¹⁷ Este importante y riquísimo clérigo vivió amancebado públicamente con doña Elvira González de Medina, con la que tuvo 4 hijos. En aquella época este tipo de situaciones eran relativamente normales y no eran motivo de escándalo. Tras la muerte del arcediano en 1467, doña Elvira —que recibió de él grandes riquezas— fundó en las mansiones de los Águila (según se entra por la puerta de San Vicente a la derecha), un beaterio que sería el embrión del monasterio de la Encarnación (cf. N. GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. *Historia del monasterio de la Encarnación de Ávila*. Madrid: Ed. de Espiritualidad, 1995, pp. 32-42).

¹⁸ Fotografías e información diversa sobre estos dos sepulcros puede verse en E. RUIZ AYÚCAR. *Op. cit.*, pp. 73-81.

¹⁹ *Ibid.*, p. 13.



Basílica de San Vicente, grabado de F. X. Parcerisa, 1865.

73); al convento de Nuestra Señora de Gracia, de monjas agustinas, cuyos cantos se escuchaban al atardecer desde el viejo torreón como un himno alucinante (p. 54); a la ermita de San Segundo, cuya campana tañía a la puesta del sol entre oscuros peñascos (p. 119); a las iglesias de Santiago y Santa Cruz, en plena morería (pp. 141-142); a la capilla de Mosén Rubí, donde los nobles colocaron el cadáver del de Bracamonte (p. 288); a los monasterios de Santo Tomás y de San José, donde —perdida toda ilusión por este mundo— terminaron por retirarse don Alonso Blázquez y la madre de Ramiro (pp. 308 y 321); y el gran monasterio de la Encarnación, situado frente al cubo de la muralla donde Ramiro intentó ahogar a su amada (p. 346).

Dejo para el final la basílica de San Vicente que aparece dos veces en la novela. La primera con ocasión de uno de esos paseos vespertinos de Ramiro alrededor del recinto amurallado: «Aislada entre las peñas y bañada por los últimos resplandores de la tarde, la basílica románica de San Vicente relucía cual cobrizo relicario»

(p. 250). La segunda tiene lugar poco antes del punto álgido del relato: decidido nuestro héroe a batirse hasta la muerte con su enemigo, quiere encomendarse a la Virgen de la Soterraña. Entra en San Vicente:

La iglesia estaba sola y oscura. Una lámpara de plata ardía en la capilla mayor... Bajó a la cripta. La milagrosa imagen estaba rodeada de cirios ardientes. Dos mujeres, echadas de pechos en el suelo, gemían hacia un rincón, cubiertas completamente por sus mantos, haciendo pensar en dos enormes murciélagos moribundos. Rezó con fervor... (p. 340).

Y cuando creyó que la oscuridad le permitiría caminar por las calles sin ser reconocido, se dirigió hacia la casa de Beatriz entrando por la puerta de la muralla.

Aunque estas cuatro rutas incluyen la mayor y más significativa parte de los lugares de la ciudad donde Enrique Larreta localizó los diversos episodios de su libro, aún quedan otros que, en mi opinión, merecen un breve comentario:

La denominada covacha de Medrano —el escudero de don Íñigo de la Hoz— estaba detrás de San Pedro y tenía un pequeño jardín donde Ramiro de niño jugaba con la hija del fiel escudero (p. 78). Por maravilla todavía subsiste en ese punto de la ciudad una pequeña casa que podría ser la misma en la que se inspiró don Enrique; está en la inmemorialmente conocida como calle de los Gatos²⁰ y hoy de Sor María de San José, haciendo esquina con la llamada en otro tiempo Cuesta de los Azotados o de la Horca²¹, después Alférez Provisional y ahora Paseo de Santo Tomás.

Los siete *papelones* o *cedulones* que sediciosas manos colocaron clandestinamente la noche del 20 al 21 de octubre de 1591, se pegaron en otros tantos «cantones e partes públicas», dicen las Actas Consistoriales²²; Larreta indica que se pusieron «a las puertas o paredes de la Iglesia Mayor, del templo de San Juan, de las Carnicerías

²⁰ El plano de Coello (1858-1864) todavía la llama así.

²¹ Al menos desde 1547 está documentado el nombre de Cuesta de los Azotados (cf. C. Ajo, *Historia de Ávila y su tierra...*, tomo III. Ávila: CSIC, 1991, p. 248). En 1848 se llama Cuesta de la Horca (AHPAv, *Actas Consistoriales*, libro 235, fol. 38 v).

²² AHPAv, libro 20, fol. 10 r.

Nuevas, de la casa de Valderrábano y en otros sitios públicos de la ciudad» (pp. 275-276). Las Carnicerías Nuevas (edificio hoy llamado Casa de las Carnicerías) era un lugar muy indicado para pegar los pasquines no sólo porque era una de las puertas principales de la ciudad sino porque podría decirse que era el punto de Ávila que estaba de moda en aquellas fechas: era el edificio más moderno de la ciudad (el rótulo grabado en la cornisa que recorre la fachada indica que fue inaugurado precisamente en 1591) y su estética estaba inspirada en el gusto herreriano que, desde El Escorial, se había extendido por toda Castilla.

La casa de Valderrábano también era un punto significativo: situada frente a la fachada de la catedral, había sido levantada a finales del siglo XIV por los Valderrábano. Del viejo palacio sólo se conservan algunas ventanas y el magnífico frontal trilobulado que sobre la puerta había colocado a finales del XV Gonzalo Dávila de Valderrábano; representa a la derecha el escudo de su esposa (Saavedra) y a la izquierda el del propio Gonzalo Dávila; la peculiaridad es que un doncel —que divide el conjunto— sujeta una bandera musulmana, colocada hacia abajo en señal de derrota, en la que se aprecia la media luna y letras arábigas: se trata de la bandera de Gibraltar, en cuya conquista participó muy activamente don Gonzalo, obteniendo el privilegio real de incluir esta bandera en su propio escudo²³. Es probable que esta ostentosa manifestación de victoria militar sobre los moros no pasara desapercibida para Ramiro.

Como un paso más hacia la total descomposición de su *status* social, nuestro protagonista acude a un garito en el que se jugaba dinero y donde terminará perdiendo lo poco que le quedaba de la

²³ La filacteria o cinta que hay a la derecha tiene una inscripción con el lema de los templarios: «non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam» (no a nosotros, Señor, no a nosotros; sino a tu nombre da gloria). Hasta no hace mucho en los ángulos que forman las jambas con el dintel había esculpidas dos curiosas figuras: la de la derecha entrando era una cara humana, y la de la izquierda un trasero femenino; aunque han sido picadas, aún se pueden percibir los relieves. Estas informaciones, y otras sobre la saga de los Valderrábano, proceden de un folleto —escrito por quien fuera cronista oficial de Ávila, Eduardo Ruiz Ayúcar— que se entregaba hace años a los clientes del hotel en que hoy se ha transformado el viejo palacio. Sobre las sutilezas de la heráldica local puede consultarse a J. M.^a GARCÍA-OVIEDO TAPIA, *Heráldica abulense*. Ávila: Caja de Ahorros, 1992, pp. 172-173.

fortuna familiar. No es casual que Larreta sitúe este poco digno establecimiento en el barrio de la Puerta del Puente (p. 332). Resulta que en la parte oeste de la ciudad se encontraban aquellas dependencias o labores que en todas las ciudades hay pero que nadie quiere tener cerca de su propia casa: las tenerías o curtidurías, que eran especialmente malolientes; los batanes, que producían un golpeteo poco armónico; la casa de la mancebía (el cubo del Suroeste se conocía con este nombre)²⁴... y también las casas de juego. Puedo asegurar que ese barrio era percibido por las gentes bienpensantes como una zona poco recomendable²⁵. Puede también observarse que por allí no hay ni ha habido nunca ningún palacio.

Y, para terminar el paseo, un breve comentario acerca de una de las calles más importantes en la historia de la ciudad y a la que de pasada se cita en el libro: la Rúa (p. 349). Esta vía, que originariamente podría ser el tramo occidental del *decumanus máximus* de la ciudad romana²⁶, con la llegada a finales del siglo XI de los repobladores de origen franco recibió el nombre francés de rúa; pronto sería conocida como Rúa de los Zapateros²⁷, nombre que conservaría hasta finales del XIX, cuando sería renombrada como calle Vallespín, en honor del primer director de la Academia de Intendencia.

Una última reflexión como conclusión. Este ejercicio de reconstrucción de rutas a partir de novelas situadas en el pasado es una

²⁴ «Esquina de la casa de las mujeres públicas» es denominada en el manuscrito titulado *Miscelánea de antigüedades de Ávila*. Real Academia de la Historia, ms. 11/8544, fols. 122-123 v (*apud* Á. BARRIOS en el libro colectivo *La Muralla de Ávila*. Madrid: Fundación Caja Madrid, 2003, p. 16). Esta información ya la había proporcionado J. M.^a QUADRADO, quien publicó parte de este manuscrito en *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Salamanca, Ávila y Segovia*. Barcelona: Ed. Daniel Cortezo, 1884, p. 444.

²⁵ Precisamente ése fue uno de los argumentos empleados para trasladar los restos de San Segundo desde la ermita del río hasta la capilla que por esos mismos años se construiría junto a la catedral. En el informe del Cabildo se decía que «con achaque de yr a hacer oración, y tener velas en la dicha ermita, muchos hombres y mugeres de mal biuir se van allí a tener pláticas y tratos deshonestos» (A. DE CIANCA. *Historia de la vida... y traslación de San Segundo, primero obispo de Ávila*. Ávila: Ed. de J. Arribas, IGDA, 1993, p. 227).

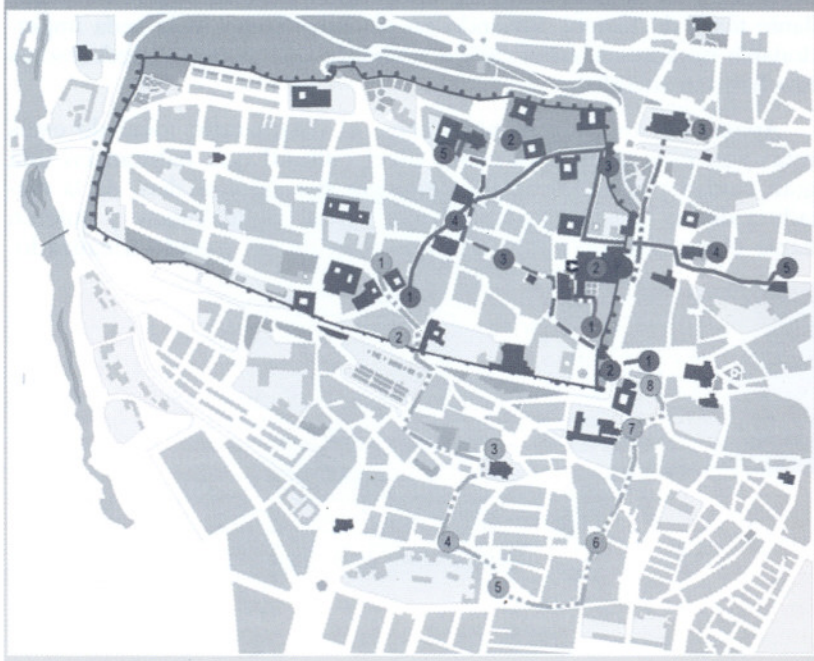
²⁶ Cf. E. RODRÍGUEZ ALMEIDA. *Ávila romana. Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía de la ciudad y su territorio*, 2ª ed. Ávila: Caja de Ávila, 2003, p. 41.

²⁷ Así es denominada en un documento de 1299 (cf. T. SOBRINO CHOMÓN. *Op. cit.*, p. 27).

forma atractiva de combinar el disfrute de la obra literaria y del patrimonio arquitectónico y urbanístico de la ciudad heredada. En el caso de *La gloria de don Ramiro* ha resultado especialmente fácil y fructífera la simbiosis ya que las materias primas empleadas —la novela y la ciudad— son de excelente calidad.

Con esta actividad no se trata tanto de entender el pasado como de suscitar la fantasía histórica apoyándonos en el sugerente y brillante texto de Larreta. Viviendo en ciudades como Ávila sería imperdonable no aprovechar el capital simbólico que nuestros predecesores nos han transmitido.

Aparte de los propios avulenses, el destinatario ideal de estas rutas son esas gentes de cierto nivel cultural que habitan en una gran ciudad y que desean huir, siquiera por algunos días, de la dictadura de las tecnologías bajo la que viven habitualmente y quieren darse el gustazo de cultivar la nostalgia de un pasado idealizado.



- Ruta de los Palacios: 1.- Torreón de Múxica o de los Guzmanes. 2.- Palacio de Miguel del Águila o de la duquesa de Valencia.- 3.- Fuente adosada a la muralla. 4.- Iglesia de Santo Tomé. 5.- Mansión de los Guillamas.
- Ruta de la ejecución de don Diego de Bracamonte: 1.- Mercado Grande. 2.- Alhóndiga. 3.- Calle Andrín. 4.- Mercado Chico. 5.- Capilla de Mosén Rubí.
- Ruta de los Templos: 1.- Calle de la Muerte y la Vida. 2.- Recorrido en el interior de la catedral con salida a la calle Albardería. 3.- Basílica de San Vicente.
- Ruta de la morería: 1.- Torreón de Múxica o de los Guzmanes. 2.- Puerta del Rastro. 3.- Iglesia de Santiago. 4.- Plaza de la Feria. 5.- Plaza del Rollo. 6.- Calle de la Toledana. 7.- Cuesta de Gracia. 8.- Convento de la Magdalena.

Ruta de don Ramiro